



ESPAÑA UNA

Organo de la Escuela Oficial de Periodismo

Año II

Madrid, lunes 18 de enero de 1943

Núm. 4

Consejo de Redacción: Aznar, Aguarón, Polo, Iriarte, Vallina y San Martín



ZARAGOZA, CUNA DE LA TIPOGRAFIA ESPAÑOLA

Es frecuente incurrir en el error vulgar de considerar a la imprenta y al periódico casi a la par, como una misma cosa, y, como consecuencia de ese error, caer en el otro de creer que tienen la misma paternidad o el mismo nacimiento; cuando la realidad es que éste antecede a aquélla en muchos siglos de vida, pues, mientras vemos que la imprenta nace en la mitad del siglo XV, el periódico lo conocemos, en formas más o menos rudimentarias, desde las primeras sociedades constituidas; es decir, que es tan antiguo como la humanidad misma, lo que no debe sorprender si se tiene en cuenta que este instrumento de comunicación entre los hombres tendía ya entonces a satisfacer esa necesidad vital de conocer las noticias que se esperaban, si no con la ansiedad de hoy, sí con curiosidad y anhelo. La imprenta fue para él una cosa circunstancial u ocasional, de la que se sirvió, como antes se había servido del correo y del comercio, y como después se serviría de la linotipia, la rotativa, el avión, la radio y el cine, y más tarde se serviría de la televisión, no sin que antes transcurriera cerca de siglo y medio en el que la imprenta y el periódico se relucen por causas que no son del caso mencionar aquí.

Establecimiento en Maguncia de la imprenta

Sin entrar en las polémicas que se han originado alrededor del inventor de la imprenta, sin tomar partido por si fue Gutenberg el que durante la evocadora y tradicional misa de «gullon» robó a Lorenzo

Versión rechazada sobre la prioridad de Barcelona en la introducción de la imprenta

Si múltiples han sido las hipótesis acerca de su introducción en España, no andan en menor número las enconadas luchas suscitadas entre diversas ciudades que se atribuyen la prioridad en su adopción. Tratemos de poner orden en las distintas opiniones que hay vertidas y contribuyamos con nuestro esfuerzo a dejar las cosas en su lugar, o, al menos, en el que debe corresponderles, de acuerdo con hechos comprobados, dejando a un lado todo aquello que, además de no ser más que mera suposición, está refutado por hechos o circunstancias más verosímiles que los que se han presentado como comprobación.

Es falsa la idea de que se debe a Barcelona la gloria de la primera impresión? Aquí se ha abundado en riqueza de detalles. Se cita el libro el «Pro contentis orationibus», obra del dramático Bartolomé Mates. Se señala al impresor Gherling, y se fija la fecha, en Barcelona, a 15 de octubre de 1465, que, de ser cierta, catalogaría la obra como el más antiguo libro impreso en España. Esta opinión ha tenido esforzados defensores y ha sido apoyada, sobre todo, por el canónigo D. Jaime Ripoll. Pero, con todo, queda desechada por merecer más crédito la acertada opinión del impresor de Valencia D. José Orga, que, defendiendo a Valencia, rebate con argumentos la pretensión de Barcelona, probando que Gherling no aparece como impresor en aquel tiempo y que no se le conoce como tal hasta el año 1494 en la ciudad de Braga. Opinión que, por otra parte, es discutible, pues otros autores aseguran que el citado impresor trabajó en Barcelona en los años 1488 y 89; como se ve, antes de su traslado a la ciudad de Braga.

Menos crédito se puede dar a la conjetura de que el primer libro fuese la «Catena Aurea», en Barcelona, 1471, el cual no se conserva ni consta que haya existido. Y salta a la vista que la especie de que en Castilla existiera ya la imprenta en 1452, como hay quien ha aventurado, apoyándose en el cronista Rodrigo Méndez de Silva, carece enteramente de fundamento.

Se imprime en Zaragoza, 1473, la «Ética» de Aristóteles

Descartadas todas las hipótesis, es de justicia conceder la gloria de la que se ha pretendido despojar, como la primera en registrar la impresión del primer libro, a la ciudad de Zaragoza.

Está documentalmente comprobado—nos dice el competente director de la Hemeroteca municipal de Madrid y gran autoridad en esta materia, Sr. Varela—, que la primera impresión producida en España vió la luz en la capital aragonesa, la más rica e interesante, tipográficamente hablando, de las capitales españolas del siglo XV. Se debe al impresor Enrique Botel, aunque el

ALLI HIZO BOTEL, EN EL AÑO 1473, LA PRIMERA IMPRESION DE UN LIBRO

«Les obres o troves a la Sacratissima Verge», obra que se ha tenido por la primera, vió la luz en la ciudad de Valencia en 1474

Coster su invento, o si fué éste el que se aprovechó de la amistad de aquél, aceptemos el establecimiento en Maguncia, cuna de Gutenberg, en 1448, de la primera imprenta, y examinemos su llegada a España hacia el 1470 o 71, periodo de tiempo no muy excesivo si se tiene en cuenta que su difusión fué muy lenta, debido, sobre todo, al gran secreto en que se quiso mantener el invento.

Hemos dejado sin precisar exactamente la fecha en que este gran invento, que tanto había de contribuir al progreso de la humanidad, tuvo su llegada a España, porque es éste un problema sobre el que han debatido plumas más doctas que la nuestra, sin llegar a ponerse de acuerdo, ya que las fuentes de información son escasas y las conjeturas y suposiciones muchas.

ZARAGOZA VA A LA CABEZA DE LAS CIUDADES ESPAÑOLAS IMPRESORAS EN EL SIGLO XV

ta, y que demuestra la existencia de la imprenta en aquella fecha.

Además del prestigioso y gran historiador Sr. Serra-

El «Manipulus Curatorum», segundo libro que se imprime en Zaragoza, debido a Mateo Flandro

Un poco más tarde que la primera obra señalada, pero antes que en Barcelona se publicase en el año 1475 «Del epidemia et peste», del maestro Velasco de Taranta, traducida al catalán por Juan Villa (o de Vila), y antes que en Plasencia, en el mismo año, la «Biblia latina», anotamos en Zaragoza otros libros que sus prensas produjeron en aquel siglo y que atestiguan la actividad no común con que se cultivó en aquella época y población. Destaca entre ellos el «Manipulus curatorum», obra dedicada en Teruel el año 1333 a Raimundo, obispo de Valencia; está impresa el 15 de octubre de 1465 por Mateo Flandro, al que se puede admitir como el primer impresor no sólo de Zaragoza, sino de toda España, ya que las obras publicadas antes o al mismo tiempo en Zaragoza, Valencia y Bar-

celona, carecen de esa indicación, aunque se conozcan cuáles eran a la sazón los tipógrafos que inauguraron el arte en esos pueblos. El citado libro es en folio menor, o más bien en cuarto mayor, con 106 folios dobles fuera de los del índice, sin portada, con letras capitales iluminadas a mano, abundancia de abreviaturas, tiraje poco esmerado y un pie de imprenta.

Este ejemplar es el que posee la Biblioteca Nacional de Madrid en su sección de incunables, siendo (según el Sr. Borao en su libro «La imprenta en Zaragoza») la obra más antigua de las españolas que custodia aquel establecimiento.

De este libro se hicieron ediciones en Barcelona, París, Venecia, Colonia y Amberes.

Las tres capitales del antiguo reino de Aragón las primeras en introducir la imprenta

En este siglo que nos ocupa se imprimieron, además, en Zaragoza más de veinte libros conocidos, y debieron de hacerse algunos más que no expresaron su lugar de impresión, cosa bastante usual en aquel tiempo, entre cuyos impresores destacaron los hermanos Pablo y Juan Hurus, de Constanza; el primero de los cuales contaba en su taller con la más variada y completa colección de tipos móviles de música tipográfica, y a quien se debe la impresión del misal «Cesaraugustaus», de 1498, a la que siguieron las de 1510, de belleza no igualada hasta ahora.

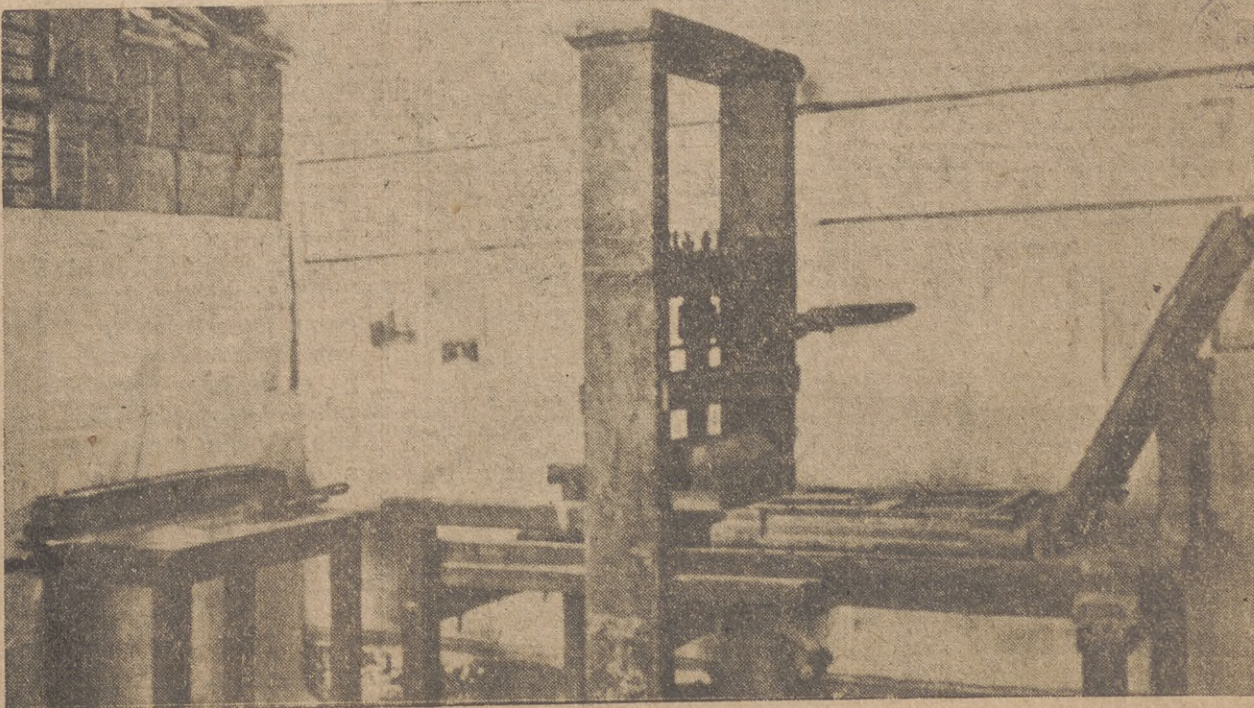
Buena prueba del desarrollo que en Zaragoza tomó la imprenta, esa invención que, como dijera elocuente Martínez de Ampicé, «parece una maravilla por Dios revelada para que

alian lumbre los ciegos, de la ignorancia», la tenemos en la dedicación que D. Andrés de Li hace a los Reyes Católicos en su «Tesoro de la Pasión», con la indicación que dice: «Ocurriome aquello que muchas veces habia ohido a Pablo Urus, alemán de Constanza, emparentador famosísimo en aquesta vuestra fidelísima ciudad; el cual estava maravillado como a sus manos hubiesen llegado libros, y obras sin cuento para imprimir».

Reconociendo el noble orgullo por el hecho histórico de que las tres primeras ciudades que en España aparecen como impresoras, sean cabalmente las tres capitales del antiguo reino de Aragón: Zaragoza, Valencia y Barcelona, distingamos el que corresponde a Zaragoza por la gloria de haber dado algunas

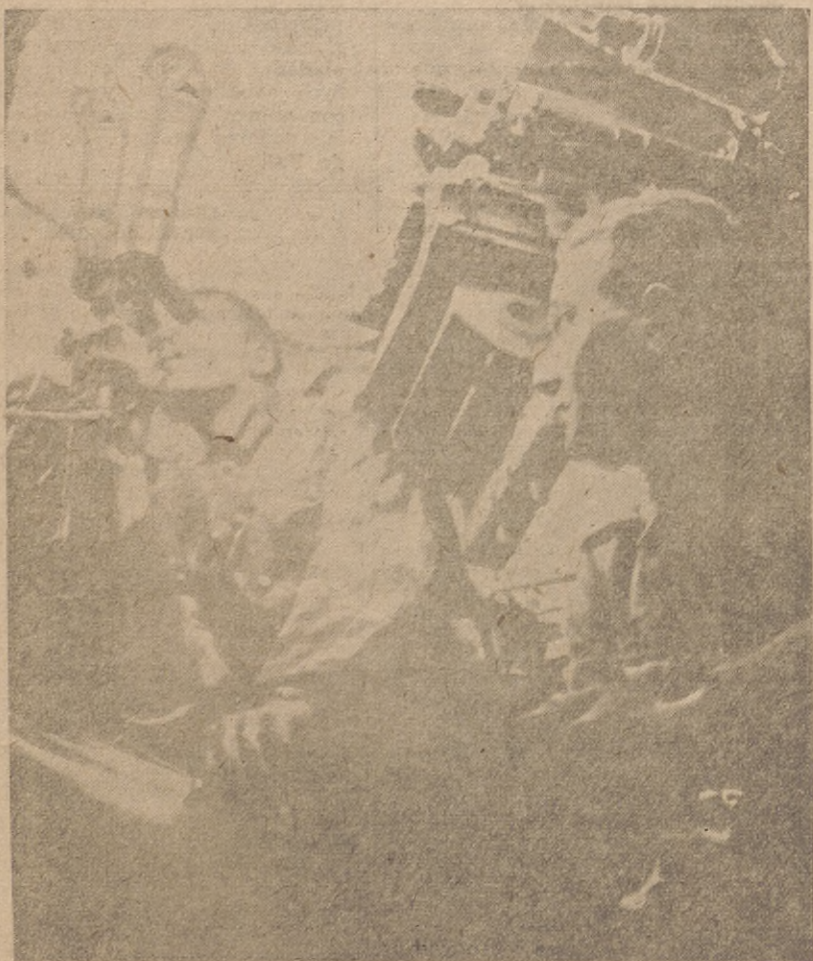
ediciones príncipes y otras repetidas de la literatura general, además de la exclusiva de las obras aragonesas, que son muchísimas en número, de lo que se deduce que la capital de Aragón tiene más glorias que las militares, en general más conocidas. Comparte y aventaja a Valencia y Barcelona en la prioridad de la adopción de la imprenta; ostenta el primer impresor conocido en España, y produjo en gran número ediciones príncipes de las mejores novelas; rivalizó con las más aventajadas ciudades en la publicación de libros caballerescos y multiplicó con ahínco algunas ediciones de las mejores poesías.—A. DAROCA DE VAL.

(Página confeccionada por DAROCA DE VAL)



Fotografía que conserva la Hemeroteca municipal de Madrid de la prensa de Guasp (Palma de Mallorca) y que ya se usó a finales del siglo XVI

NAVIDAD EN RUSIA, DE NUESTROS VOLUNTARIOS



Diferentes aspectos de nuestros camaradas de la División Azul, que tan abnegadamente luchan en el frente del Este por una Europa mejor. El fotógrafo ha sorprendido a los heroicos divisionarios en algunos momentos difíciles. Ved la camaradería que les brindan esas enfermeras alemanas, después de haber celebrado la Nochebuena en el hospital militar donde curan sus heridas, y una emocionante escena en la que el general del Cuerpo de Ejército alemán condecora a un voluntario español.

(Página confeccionada por León - Tierno)



ALEGRIA Y DEVOCION DE UNA ROMERIA ANDALUZA

Grupos de parejas a caballo y vistiendo el traje típico regional, adornan la fiesta

FERVOR RELIGIOSO DE PALMA DEL RIO ANTE SU VIRGEN DE BELEN

Acompañame, que no te pesará, lector amable, en esta mirada retrospectiva. Te advino retrepado en el sillón del tibio ambiente cafeteril o acurrado en la «mesa camilla» turrándote los pies y helándose tus espaldas. Voy a hablarte de calor y movimiento, de alegría y belleza, de ritmo y gracia. Eso te reconfortará, te hará olvidar la crudeza de estos días y no me reprocharás el atrevimiento de haber ocupado por un momento tu atención. Si te distraes, tanto mejor para ti, y yo habré conseguido mi propósito y me verá suficientemente pagado de mi trabajo.

Curiosa manera de anunciarla

Con los últimos días de agosto dan fin los festejos que con motivo de la feria anual celebra Palma del Río, bello y fértil pueblo andaluz que, a la riqueza folklórica de sus costumbres, sabe unir los gustos estéticos de fuera, que no rompen su tradición y que al quedar incorporados le dan prestancia de moderna urbe. Pero ese final de fiestas no llega acompañado de la nostálgica tristeza, tan común en estos casos. Es porque para el pueblo palmeño falta todavía lo mejor: la romería a su Virgen de Belén, que se celebra el domingo anterior al 8 de septiembre de cada año.

Es altamente curiosa la singular manera que tienen de invitar al vecindario para que acuda a ella, además, cla-

ro está, de la que en un sentido más severo hace un sacerdote desde el púlpito en días festivos anteriores a esa ceremonia religiosa. A nosotros, casuales y curiosos visitantes en esos días, no deja de sorprendernos el lenguaje y el lugar empleados para este anuncio, creyendo ver en él cierto sabor profano, error grave del que nos saca más tarde el amable y culto señor párroco de la localidad.

En el descanso de la proyección de una película cinematográfica en uno de los cines del pueblo, casi nos asusta, por no ser esperarla, una voz fuerte que transmite el altavoz al dar lectura a una cuartilla que al mismo tiempo se proyecta en la pantalla, y que, con más voluntad que acierto, viene a decir: «Palmeños! El domingo próximo se celebrará la tradicional romería de Nuestra Señora la Virgen de Belén, la más hermosa, la más gitana y la más buena de las Virgenes. Es necesario que todos, siguiendo la católica costumbre de años anteriores, os trasladéis a la ermita, desde donde será traída a la parroquia. Se recuerda y se recomienda el uso de trajes típicos.»

No sería necesaria esta recomendación para que el día señalado el pueblo en masa acuda a rendir su respetuoso tributo a la Virgen, fecha que se aguarda con anhelo, fervor religioso y alegría; sentimientos que felizmente se saben compaginar en esta región elegida, rica, indolente, ligera y divertida.

vor, respetuoso silencio, oraciones y algunas lágrimas de los ancianos, a los que sus achaques no han permitido ir a acompañarla. Entre nutrido, diverso y multicolor cortejo, la imagen recorre las principales calles del pueblo antes de ser depositada en la parroquia.

Las parejas premiadas embellecen el cortejo

Abren la marcha las inevitables oleadas de chiquillería, que, más que a la Virgen, rodean al alguacil que dispara los cohetes. Detrás llegan las parejas de caballistas en alegre mezcolanza con los atrevidos borriquillos de ligera andadura, montados por sus divertidos dueños. Las mujeres lucen ufanas los premios obtenidos en el concurso de parejas, y quedamos un poco sorprendidos al ver que no exhiben premio algunas caballistas que, montando soberbio alazán, van ricamente ataviadas con el aristocrático traje de amazona. También es D. Carlos, el párroco, el que luego nos saca de dudas. «Siguiendo la tradición—nos dice—, se exigen los trajes típicos del país para poder optar a premio. Por ello esas parejas, a pesar de reconocer su mérito y su belleza, quedan descartadas del concurso, lo mismo que algunas otras en las que el hombre, por diferentes circunstancias, no ha podido tocarse con el sombrero cordobés.»

No falta tampoco en esta policromada concurrencia la presencia del hombre que, con aire inglés, luce unos pantalones bombachos, una americana a cuadros y una visera. Su atuendo no será muy adecuado para montar a caballo, pero ha cumplido su gusto y su obligación. Una máquina fotográfica que lleva colgada en bandolera nos ahorra las preguntas sobre su condición.

Fervor religioso al paso de la Virgen

Siguen después varias carrozas artísticamente engalanadas, dentro de las que se apiñan las mujeres que no han podido ir a la grupa; van cantando canciones y sevillanas, de acuerdo con lo que requiere la fiesta. A continuación pasa la Virgen de Belén; a su paso se hace el silencio y brotan los murmullos de respeto y de admiración. Va envuelta en flores y ella envuelve con su protección a todo el pueblo palmeño. Las autoridades locales, tanto civiles como militares y eclesiásticas, la siguen y forman la presidencia del cortejo, así como antes fueron quienes constituyeron el Jurado para premiar a las mejores parejas. Y para final, el pueblo en masa, que la acompaña hasta la parroquia, donde se le hará la novena y permanecerá hasta el último domingo de octubre, que es trasladada de nuevo a la ermita. (Ha sido una excepción el que en octubre último no se haya verificado así por estar realizándose obras en la ermita.)

Antes de retirarse a casa, todavía van los caballistas al paseo de la feria, donde se exhiben en veloces galopadas, que, las mujeres que llevan a la grupa, las resisten con una seguridad que levanta nuestra admiración, y en las que ellos ponen a contribución sus buenas dotes de jinetes y de apostura.

La romería llega al pueblo

Ya bien vencida la tarde, los romeros se acercan a la población. Un empleado municipal va anunciando su proximidad con el disparo de cohetes. Llegaba la Virgen, que es esperada con fer-

la conducirá al pueblo, y es costumbre inmemorial que, vistos los nobles afeanes de los devotos, se subaste este honor entre todos, y así se ven fuertes pujas por ganar un brazo de la peana en que es transportada hasta la carroza. Para llegar al pueblo hay que pasar el río sobre puente construido no ha mucho; y dícese que antes de que el puente estuviese levantado, y teniendo que cruzar el río con la Virgen a hombros, era éste un momento en el que la honra de pasarla suscitaba mayores afeanes todavía que la de sacarla de la ermita.

La conducirá al pueblo, y es costumbre inmemorial que, vistos los nobles afeanes de los devotos, se subaste este honor entre todos, y así se ven fuertes pujas por ganar un brazo de la peana en que es transportada hasta la carroza. Para llegar al pueblo hay que pasar el río sobre puente construido no ha mucho; y dícese que antes de que el puente estuviese levantado, y teniendo que cruzar el río con la Virgen a hombros, era éste un momento en el que la honra de pasarla suscitaba mayores afeanes todavía que la de sacarla de la ermita.

El vecindario en la ermita

Llega el día señalado, que resulta fácil distinguirlo aún a los más profanos en estas lides. A una ligera actividad mañanera de la gente, que sale para la ermita, sucede la quietud y calma de un día en el que el pueblo queda casi vacío. Es de tradición que todos los vecinos vayan a acompañar a la Virgen, y son escasísimos los que por necesidades ineludibles se quedan sin cumplir con esto, que la costumbre ha convertido en obligación.

Cuentan que en tiempos no muy lejanos en los que las obligaciones eran menores, solamente quedaban en el pueblo los dos más ancianos, que hacían de guardianes y custodios mientras los demás se trasladaban a la ermita, distante varios kilómetros de la localidad.

Allí, en la ermita, todos se disputan el honor de sacarla hasta la carroza que

El baile andaluz en las casetas de la Feria

Por la noche se celebra en las casetas el último y animado baile, al que asisten con los trajes que han llevado en la romería y con la misma alegría desbordada durante toda la jornada. Allí recogimos un momento que nos impresionó muy agradablemente. En un descanso del baile la orquesta inicia los compases de unas sevillanas, y, entre las curiosidad y expectación que ha despertado, se adelanta hasta el centro del espacio que el público deja para baile, una distinguida damita, que se dispone a dar comienzo a la airosa danza que ya la orquesta ha entonado. No falta el hombre galante que, aunque de vencida ya sus años mozos, todavía se siente con sangre joven y se brinda a acompañar a la decidida jovencita, que, si por sus años puede ser una niña, por su apostura, su cuerpo y su porte es una mujer. Y el baile andaluz, sugestivo, brillante, jarane-

ro y garboso, se nos ofrece en una purísima gama de rítmicos y airozos movimientos. El público se entusiasma, galea, toca palmas y palillos, y se entrega en entusiásticos gritos de alabanza. El bailarín se retira, no tanto por cansancio como por mejor dejar lucir las posibilidades de ella; pero antes ha lanzado a los pies de la bailadora su sombrero de ala ancha en acción de homenaje y de reconocimiento de su derrota, y ella parece delicar a ese sombrero los últimos y más delicados movimientos de su danza. Lo rodea, lo toca con los volantes de su gitano vestido, va y vuelve, pero sus ágiles pies nunca lo rozan al transmitir a su cuerpo, brazos y cabeza graciosas ondulaciones, que dan al baile el hechizo de algo encantador, que como oleada se transmite a la concurrencia.

NOVENA A LA VIRGEN Y VELADAS EN LA PLAZA

Es bien entrada la madrugada cuando la gente se retira del baile, y, aunque los festejos profanos casi se pueden dar ya por terminados, la gente no siente pena, porque le queda el recogimiento de los religiosos, que todavía se han de celebrar en días sucesivos. A la novena de la Virgen asiste diariamente todo el pueblo, pues no en balde a su Cofradía pertenece la casi totalidad de las familias, y de éstas, todos sus miembros. El día 8, festividad de la Virgen, se manifiesta plenamente el sentimiento religioso del pueblo, bien reflejado en el sagrado, pues se dan más comuniones que en el resto del año litúrgico.

Es de interés también señalar la originalidad que esta Cofradía tiene de elegir sus Juntas mayores. Se les denomina «mandato de los seis», por ser seis los cofrades que la componen, que se van sucediendo uno cada año en el cargo de Hermano Mayor, hasta consumir su mandato, al cabo, claro está, de seis años.

Se cierra este singular ciclo de festejos religiosos y profanos, con dos veladas, que se celebran en la plaza del Ayuntamiento, y que éste costea y ofrece a sus vecinos, que en ellas disfrutan de música, chucherías, tómbolas y jolgorio.

ALEJANDRO DAROCA DE VAL

RONDA, RINCON DE POESIA

Encaramada sobre el huraño peñasal de la serranía, atalaya un tiempo del Reino de Abdallah se yergue Ronda señorial y altiva.

Separados por los siglos, pero unidos por un puente—arteria que llevara la sangre viva del constante renacer—aparecen sus dos barrios: árabe el uno, con sus retorcidas calles y angostos pasadizos; moderno el otro, llamado «El Mercadillo», porque en él los traficantes de antaño estacionaron sus cobertizos, que más tarde se convirtieron en esplendidos comercios.

En el centro de la ciudad y partiéndola en dos se encuentra «El Tajo»: imponente precipicio, al borde de cuyas rocas, asomadas y atraídas por la estridente sinfonia de la cascada del río, hay una hilera de casitas—blancas palomas en imposibles nidos, que guardan el eterno vivir de pasadas historias, acceídas allá junto a las peñas, en el negro perderse del profundo abismo—. «El Tajo» Paisaje tranquilo, reposado, señorial, formado por la inmensa mole de sus gigantales de piedra, donde sólo habita el águla y donde anida la corneja. Paisaje sombrío sobre el cual se

destacan las piedras pardas del Puente Nuevo.

Allí, al otro lado, sus verdes campos sembrados de huertas y salpicado de molinos, y al fondo, serpenteando entre las piedras, el Guadalquivir, que se aleja arrastrando su torcida corriente hasta perderse en el horizonte.

En la orilla, sentada a la sombra fresca de un milenario álamo, mientras contemplo a la ciudad reflejada en sus aguas no he podido sustraerme al recuerdo de la leyenda de los tristes amores de la hermosa Aixa.

¡Ronda! Yo he vivido el dulce encanto de tu mágica belleza, y he contemplado tu faz en las noches del estío, cuando la luna de plata, dueña ya del firmamento, cortada de luceros sale a mirarse en tus charcas.

El silencio va caminando por sus empinadas callejas, cortado tan sólo por el dulce lamento de una guitarra, el suave repicar en la puerta de un viejo caserón, y el lejano ladrido de los perros que el viento nos trae con el aroma del romero.

R. SANCHEZ GOMEZ

RUMBO A CACERES, «SUFRIENDO» UN VIAJE Y «GOZANDO» UNA VACACION

Las rosquillas de Fuenlabrada han adelgazado y padecen anemia grave

En el tren nos cuentan cosas de Mary Carrillo y la Ufilms

Es poco tempranera esta gente de Madrid. El mismo tranvía que dos horas más tarde va a crujir bajo el peso de los asaltantes rompe ahora ligero la nieblita de Atocha; apenas han transcurrido siete campanadas de un reloj en el Pacífico, gime el trole su tonillo en «crescendo» hacia Legazpi, espoleando el sueño ahorrado de los madrugadores y el frío metido en los huesos de los traperos. Los discos luminosos avanzan desde el fondo de la avenida en dirección contraria como gaviotas que hunden su albuja en la noche que se va; acercándose, se agrandan y desaparecen en este mar oscuro.

Hombres de caras lacias, bufanda al cuello y trajes raídos de trabajo cabecean sentados frente a frente; mujeres que dibujan, al salir, siluetas encogidas, y mañaneros, de cuyas bocas salen humo y vahos que se congelan.

Una parada y allá sigue su rumbo la mole del 45, quedándose al borde en la calle, que engulle, difuminando con borrones negros, el amarillo del tranvía.

EN LA ESTACION

La estación de las Delicias, vitrina gigante de cristales y acero, recorta el reflejo de su iluminación sobre una penumbra mate. Bullen dentro las colas de viajeros al pie de las taquillas.

Un mozo ha ido a sacar mi billete y entre tanto he sido testigo de este cuadro de figuras impacientes y de colorido tan vario: soldados bullangueros con permisos, oficinistas y provincianos que acuden a sus casas para la reunión familiar del año, mujeres toledanas cargadas con cestas y paquetes, rústicos extremeños de atuendo pueblerino y alforjas roji-azuladas; todos en algarabía ininteligible, apretándose en fila para llegar a tiempo en su turno, para poder tomar este tren que sale de Madrid a las ocho de la mañana.

Luego que un empleado del Oeste viera el pasaje en la puerta de acceso a los andenes, acomodo mi equipaje y ocupo el último sillón vacante en un departamento de primera.

Frente al vagón, el puestecillo clásico de libros nos recuerda las novelas para viajes, y aunque no comparto la opinión de Marquiere en cuanto a catalogar a «priori» la literatura para el reposo o para el movimiento, hubiese querido salir a curiosar en el quiosco de enfrente. Pero el tren se va llenando de pasajeros y el reglamento de Ferrocarriles no autoriza en las estaciones de partida para dejar prenda de ocupación en el asiento; he preferido no moverme de mi sitio. El siseo de las locomotoras rompe su eco en lo alto del hangar. Braman de vez en cuando las máquinas que parten; unos puestecillos sobre ruedas brindan a los viajeros café caliente y almohadillas de viaje. Escuriéndose entre el racimo humano de los pasillos del vagón un arrapiezo va gritando a media voz los periódicos de la mañana y el recibimiento en España al general Muñoz Grandes.

LA MARCHA

Suenan tres timbrazos en el recinto de las vías; resopla la locomotora su canción de partida y luego sale en marcha el reptil rechinante, quedando atrás, todavía somnolienta y con pereza fría, la gran ciudad sembrada de lamparillas y luces de color esfumándose en el amanecer levantino.

Vigila vorto el Manzanares, que nos da su último adiós. Nuestro departamento, bien templado por la calefacción, y las primeras luces del albor, comienzan a romper el oscuro.

Al borde de la ventanilla, marco de esta película que va a empezar con el día, vivo unos momentos mi silencio, abarcando horizonte hacia el Oeste, camunos de Portugal. Avanzamos por la ruta del Tajo y allá lejos, columbrándose, los cuarteles de Leganés jalonan el camino hacia Grijón.

EL SEÑOR DEL SUEÑO

Mis cinco compañeros de viaje son bien distintos: cuatro, fácilmente identificables desde el primer momento, por que en el umbral de la Nochebuena dos de ellos, de porte colegial, no podrían ser más que hijos de los otros dos, que vinieron a recogerlos al colegio-residencia del Generalísimo. El quinto, uno de esos señores indescifrables, imperturbables e impenables, que reservan su voz hasta el crítico momento del condominio—fletes y tortilla—para ofrecer en tono tragicómico un «¿Ustedes gustan?». Contra él se han estrellado todos los resortes de nuestra curiosidad y todas las iniciativas de asuntos varios para sacarle de su mutismo, que terminó en sueño. Entre los cincuenta y sesenta años, corto de piernas y abultado de vientre, mofetes bien nutridos y relleños, atildado en el vestir y no tanto en el dormir; profundo y acompañado de sendos ronquidos...

ANORANZAS NAVIDEÑAS

Han reído los dos chiquillos ingenuamente del concierto sordo y áspero, y como yo les acompañase con discreción en su diablura, los papás, halagados, han roto en diálogo, mientras uno de ellos me ofrecía de un paquetillo de Kamel.

Y si el fumar es vicio o virtud, en otros tiempos de abundancia y en éstos de racionamiento, nos hemos ido descubriendo mutuamente estos extremeños de Plasencia y yo, mientras sigue la máquina engullendo acero y las nubes de su humo van diseñando sobre el cielo pálido cabalgatas que se nos antojan ahora de fantasmas en fuga y luego de Reyes orientales que vuelven de nuevo. Hemos hablado de mis años de colegio, rememorando aquella esencia de las vacaciones de Navidad, enviando el ensueño de estos dos muchachos y de estos dos papás.

Los vendedores de rosquillas de Fuenlabrada han traído sobre el tapete un tema nuevo para la conversación, cuando una docena de estos dulces, tan reducidos y tan duros, nos traen a la memoria aquellas rosquillas de «verdada». Y es que el espíritu del lucro va mucho más lejos que el del crédito y la dignidad.

La torre de Illescas quedó bien atrás y zumbó el convoy, acompañando nuestra charla, entre Villalengua y su fábrica de cementos, partiendo el asfalto de la carretera en Cabañas para enlazar en Bargas con los coches destartados de Toledo.

UN GERENTE DE CINE

A poco de salir de la estación de Torrijos, el revisor—gorra galonada en plata como su cabeza—ha picado nuestros billetes. Y el señor de los ronquidos ha tenido que interrumpir su idilio porque llevaba pasaporte en segunda y a pretexto de que no había plaza cuando salimos de Madrid se había colocado aquí. Tiene que cambiarse de clase y creo que nos hemos alegrado. Su vacante es ocupada por otro señor, abierto de carácter, de expresión simpática y de trato afable. Supe después que habló de sus correrías, que era el gerente de la Ulargui Film, Francisco Sepúlveda, con el que entablo animado diálogo, interesado por mi parte en saber algo nuevo de cine. Y ya puedo adelantar que Mary Carrillo rueda en la actualidad en los estudios de la Ufilms «Locura de amor»; que Miguel Liger—el de «Pepe Condé»—cobra el pobrecito 19.000 pesetas mensuales en contrato con esta casa; que los conceptos de beneficio y arte son bastante difíciles de compaginar; que el cargo de jefe de producción debiera sonar algo más de lo que suena y no reservar exclusivamente los laureles para los luceros que actúan directamente, y... que si el lector quisiera saber más novedades visite al señor Sepúlveda en aquella casita de la calle de Antonio Maura, que me ofreció, despidiéndose en el andén de Talavera, donde hizo escala.

DE TALAVERA AL TIETAR

Diez minutos de fonda, un «Señores viajeros, al tren», dos campanadas y vuelta al escenario anterior.

La ermita de Nuestra Señora del Prado alza en lontananza su cúpula. Atraviesa el tren la huerta talaverana, salpicada de casas blancas y racimos dorados de maíz; bailan las norias su agua al compás del cerceño de los mulos, que dan vuelta alrededor de cada pozo. A la izquierda las torres de Talavera van perdiéndose y pronto vemos lejos este rincón de España, la postrera de las tierras hacia donde el sol se pone, que dijera su hijo Mariana. Las barrancas del Tajo, arreboladas por el medio día, se pierden al fondo en azul y añil.

Ha decaído el diálogo a la hora de la digestión. Contando los postes telegráficos, que pasan rozando rápidos en sentido inverso, ha ido haciendo sus paradas el tren, jadeante y húmedo.

Los castillos de Oropesa, cual centinelas gigantes frente a Gredos, vigilan las llanuras del Tietar, prolongadas hacia Guadalupe y las Villueras. Bien cerca, Lagartera quedó orillada entre sus olivos y sus cercas, colorines en los trajes y faldas y leyenda en sus casucas.

Luego, tal vez, he soñado algo cuando dormían mis compañeros de viaje en el departamento, suavemente mecido en los raíles y en baño de sol templado. Extremadura nos acercaba a media tarde, envuelta en prosa ancha, grave como sus cerros y sus vaguadas. Y hasta Cañaverla—la industriosa cacerense—he seguido mi dormir.

LLEGADA

El sueño no lo recuerdo; tal vez haya bordado mi ilusión sobre el telar del tiempo figuras pastoriles, villancicos y panderos, o quizá una película de viaje sobre el marco de una ventanilla...

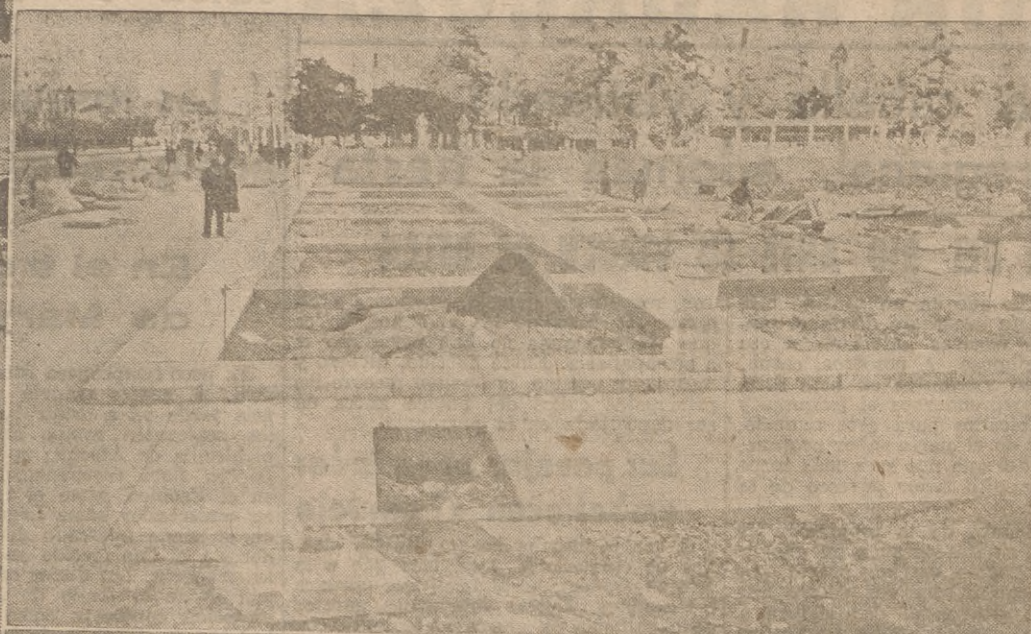
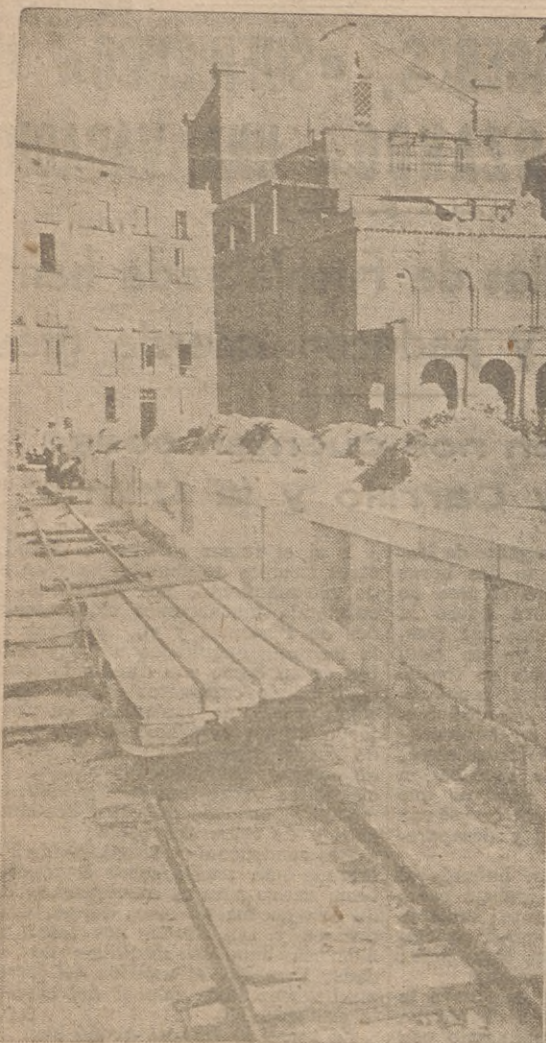
Mis compañeros se habían ido hacia Plasencia y desde Empalme a Cáceres he ido sólo deleitando la vista peregrina en un paisaje débil de color y maseullando al subir la última depresión del Tajo el calor de un hogar de Navidad.

Y el río sigue hacia el Oeste buscando tierras de frontera en tanto que el tren, avaro al final junto a la meta, corre alegre cantando triunfos de la ilusión...

Diciembre de 1942.—R. Pazos.

(Página confeccionada por DAROCA DE VAL)

La Plaza de Oriente en obras



Bajo la dirección técnica de D. Mariano Muñoz Monasterio, arquitecto jefe de la sección de Urbanismo de nuestro Ayuntamiento, y a las órdenes directas de D. José Navarrete Samper, arquitecto municipal, se está llevando a cabo en la plaza de Oriente una importante reforma para darle a la misma la majestuosidad y grandeza que por su rango le corresponde, y de las que hasta ahora ha carecido.

La superficie ha sido rebajada un metro aproximadamente, y sobre ella se está construyendo la nueva plaza, que perderá su forma elipsoidal, sustituida por un amplio rectángulo.

El pavimento lo llevará de losa, adornado con pequeños jardinillos de tipo francés, y el nuevo saneamiento tendrá sus correspondientes atarjeas de hormigón y los sumideros y rasantes necesarios para la recogida de aguas, tanto de la calzada como del platillo de la plaza.

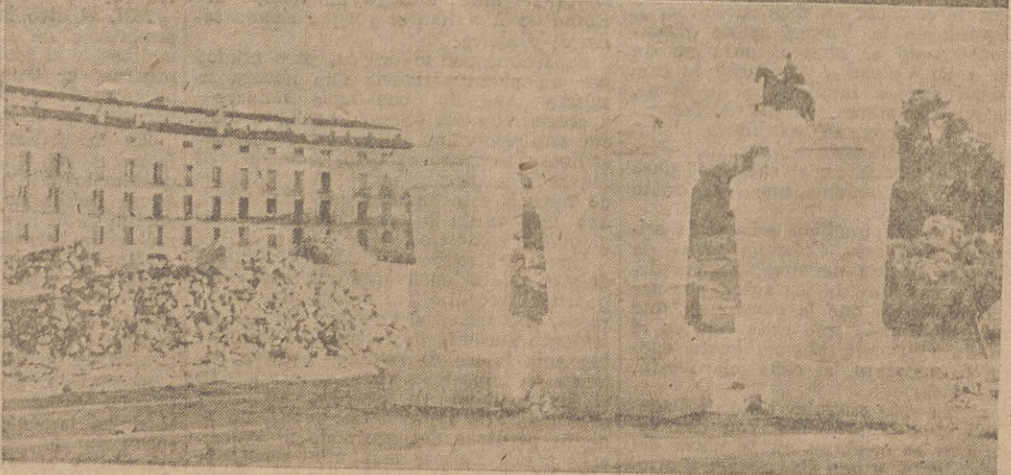
Los reyes que lo adornan serán trasladados de lugar, e irán en grupo de a dos, y por orden cronológico de la época en que reinaron, a cada lado del rectángulo que se forme, en cuyo centro, y en el mismo lugar que hoy ocupa, pero circundada por un hermoso estanque, seguirá erguida la estatua ecuestre de Felipe IV.

Cerrará el contorno de la plaza una serie de pilaretes enlazados por gruesas cadenas, que impedirán pueda sufrir algún deterioro con el paso de peatones y carruajes.

Restauran los grupos de estatuas, colocados ya en sus nuevos embasamientos, los escultores primeras medallas Sres. De Cristóbal y Labiada, que son los que tienen adjudicado el concurso.

Los trabajos están en pleno desarrollo y serán llevados a feliz término en un plazo no lejano, en el que Madrid verá realizada su belleza con esta nueva plaza, testigo silencioso de intrigas y vaivenes políticos de una época ya pasada.

(Página confeccionada por SANCHEZ GOMEZ)



EN EL ESTRADO DE LA FORTUNA VIENDO SALIR EL «GORDO» PARA GRANADA

La tradicional «cola», que en años anteriores se formaba con varios días de anticipación, lleva camino de desaparecer

PRELUDIO

Un impulso que podemos considerar, sin duda, codicioso y apremiante, acrecentado por la avidez insatisfecha de la impaciencia, nos mueve a encaminar nuestros pasos hacia el edificio donde se halla instalada la Administración de la Lotería Nacional. Apenas los primeros albos, algo confusos e indefinidos, de las mañanas de diciembre, despuntan en la del día 22, y ya un buen número de personas se dispone a hacer su entrada en el edificio. Unos, deseosos de estar presentes en el sensacional fallo; otros, por conveniencia a sus fines económicos directos, y, finalmente, unos terceros por efectos de la profesión, que en conclusión es también una necesidad, o bien por mero deseo curioso. Una vez en el interior del edificio, bajo el hábil artesonado de una espaciosa sala, buscamos un lugar entre el conjunto de bancos que nos brindan asiento.

Como repetidas veces he oído hablar de la tradicional «cola» que se forma ante la puerta de la Administración de Loterías, mi atención se ha dirigido durante unos segundos ante la fila de pacientes personas que aguardaban el turno de entrada, o lo que les es más necesario, es decir, que alguien les solicite el puesto previa cotización de unas cuantas pesetas, que antaño fueron más que suficiente para pasar bien el día. Se nota claramente que el público se halla cada vez más retraído, más deshecho de hacer economías, y también más cómodo. Bien sea, en efecto, por comprender que enterarse más o menos temprano de si le ha correspondido un premio o que ha sucedido lo contrario, es cosa que en nada altera la decisión de la Fortuna, o bien sea debido a los adelantos modernos, que permiten recoger con todo detalle los momentos en que se verifica el sorteo, la conclusión viene a dilucidar que poca animación da vida ya a la tradicional «cola» que desde mucho tiempo se constituía en la puerta de la sede de la Fortuna, y que en ocasiones, ya casi perdidas en la memoria, comenzaban a formarse con varios días de anticipación. Los precios que por un puesto se cotizaban eran entonces, no sólo por las circunstancias sino por los elevados casos de asombro en muchos casos por parte de aquellos que se encontraban en situación de no disponer de tales cantidades de dinero.

ANDANTE

Bajo la típica y geométrica apariencia de un voluminoso esferoide, la Fortuna está ante nosotros, orgullosa de haber podido atravesar a tan buen número de súbditos y, al mismo tiempo, indecisa por no saber hacia quien dirigir su ansiada voluntad, que ha de alegrar tantos corazones—más, bien diríamos, dar realidad a tantas aspiraciones—, o causar tan elevado número de desilusiones.

Persiste aún en mis oídos, como un constante aunque lejano clangor, las palabras en las que la imaginación plasma de la manera más amplia y convincente una de sus muchas series de creaciones. Al aproximarse este tradicional sorteo de Navidad, la persona que quiere remediar su estado actual, no por un cambio brusco como el de pasar de la pobreza a la más extrema opulencia, sino, sencillamente, de la mediocridad a la despreocupación económica, busca en la lotería una de las probabilidades con que conseguir sus proyectos. Esa persona que, como digo, cifra, particularmente, en el sorteo de Navidad su esperanza de lograr otro medio más confortable y despreocupado de vivir, forja entre tanto una serie de combinaciones, producto de la imaginación que llevan a advenir un valor sustancial en el poderío imaginativo de la persona en cuestión. ¿Quién, en efecto, no ha forjado en los días precedentes del 22 de diciembre sus proyectos, nunca faltos del maravilloso alarde de esquisitez y elegancia? Y ¿a quién no le ha sido hecha esa pregunta que con ciertos atisbos de indiscreción

ha originado en sí un fino sentido de humorismo? «¿Qué piensa usted hacer si le tocase el «gordo»?». «Pues, sencillamente... me compraría un autogiro y pondría en la azotea de mi casa una pista para que pudiese aterrizar. De esta manera podría ir de un lugar a otro sin tener que sufrir empujones, codazos y apreturas» es siempre la respuesta. Mas, a pesar de todo, y bajo esa grata apariencia de la respuesta humorística, cualquier persona encierra en su fondo íntimo elevadas y magníficas ilusiones que podrían darle una inmensa satisfacción con su realidad si la Fortuna no jugara tanto con los ambiciosos humanos, ávidos de suerte venturosa.

Los murmullos que llenan los ámbitos de la estancia van perdiéndose lentamente hasta hacerse el más profundo silencio. Ante un dispositivo que forman las bolas de los premios convenientemente ordenadas, y que presenta una forma cilíndrica, dos señores se encargan de dar a conocer al público oralmente los detalles preliminares del sorteo. Para que nadie pueda quedar con la duda de si el número que juega se encuentra entre aquel enjambre de ellos, puede, en efecto, comprobarse esto personalmente si existe alguien que así lo crea oportuno. Como nunca falta el eterno desconfiado, o simplemente el que no desea dejar llano el camino a los que han de hacer los preparativos del sorteo, un señor se alza de entre la multitud y solicita comprobar si el número 14400 se encuentra allí. Es satisfecho en su deseo y, tras esta pequeña intervención, prosigue la labor preliminar del sorteo.

INTERMEDIO

Todos los números, bajo el aspecto de diminutas bolas, son seguidamente arrojados en un singular recipiente. Después dos señores con sendos instrumentos revuelven incesantemente todas las bolas. Ahora éstas, en número de cuarenta y cinco mil, por un procedimiento mecánico y eléctrico, son elevadas hasta caer en el enorme bomo; esta operación dura tan largo tiempo, que se hace un tanto pesada y molesta, más aún puesto que se deja oír al mismo tiempo el ruido del tubo por el cual ascienden las bolas en su continuo girar en torno a sí.

Cuando las bolas de los números han ingresado en la esfera metálica se toman las bolas de los premios para hacer con ellos idéntica operación a la anterior. Son cerca de 2.000, por lo que esta vez la operación dura pocos minutos. La bola de los 15.000.000 es llevada por un empleado cogida con los dedos. El público siente un estremecimiento de emoción. ¿A quién le torará esa «bolita» tan grande? En todas las mentes surge esta pregunta como expresión de la ansiedad reinante en todos los espíritus. Ya han concluido todos los preparativos. Varios muchachos, encargados de efectuar el sorteo, salen a la estancia y...

Las primeras bolas se deslizan desde el extremo inferior de los bombos hasta ir a las manos de los muchachos que las han de cantar. A partir de este momento, tras el consiguiente ruido sonoro que produce la bola al salir del recinto esferoide, las voces de los muchachos llenan la sala. Toda la atención está puesta en los dos chicos, esperando que en una de las operaciones el número deseado saque acompañado del premio mayor, si, el mayor, porque si así fuese otro no quedaríamos del todo conformes. Muchas señoras y caballeros sostienen en sus manos listas donde hay anotados unos cuantos números; los de los amigos, de los vecinos, ya que en casi todos ellos juega, aunque sea la ínfima cantidad, el aficionado a la Lotería. Siguen saliendo números premiados con 10.000 pesetas, y sigue también con la misma intensidad o más, si cabe, la ansiedad por ver, mejor dicho, por escuchar de labios de los muchachos, el número y el premio que ha de hacerlos vibrar en toda nuestra íntima anatomía.

Por fin sale uno destacado. Los mu-

chachos, llevando en sus manos las bolas y cantando al mismo tiempo el número y el premio con el característico estruendo, se adelantan hacia la mesa del presidente para que éste compruebe la veracidad de sus palabras sonoras. ¡Ciento cincuenta mil pesetas para el número 6.209! ¡Buena suerte! Mas no, eso no causa sensación. El «gordo» es el único que puede aplastarnos con su caída! Vuelven a llenar la estancia el cántico de más números y salen también más premios mayores sin importancia (¡con qué desdén lo digo!).

ADAGIO

De repente sale uno que nos pone en tensión: ¡un millón de pesetas! ¿Para quién? El 38.004 es el agraciado. No nos interesa, ¡naturalmente!, puesto que a nadie de la sala ha correspondido, ni siquiera rozado. Continúa la lluvia de premios, incesante, inquietante, y sigue con interés la expectación, porque nadie verá comidos sus deseos hasta la llegada de una gran alegría o una gran desilusión con la salida del esperado «gordo».

¡9.029!... ¡15 millones de pesetas! ¡9.029!... ¡15 millones de pesetas! ¡9.029!... ¡15 millones de pesetas! Las voces de los muchachos son ahogadas por el murmullo del público en sus exclamaciones y comentarios. Durante unos segundos la sala está inundada de rumor vibrante, que acaba, al fin, por esfumarse entre expresiones de indiferencia y desagrado. Con este apoteosis se acabó súbita y totalmente el interés y la impaciencia.

Aunque quedan premios bastante dignos, pocos son ya, sin embargo, los que sienten emoción. Algunos señores, más acerbos que los restantes, creen haber perdido toda esperanza de conseguir un premio y abandonan el local disgustados. Parece como si al no tocarles el «gordo» lo restante nada importa.

Son las once menos minutos, y apenas transcurrido otro más cuando de nuevo otro respetable «gordo» sale a nuestros oídos con el sonoro tres millones de pesetas, que al igual que el «gordo» mayor nos deja sin saludarnos atentamente, marchando fuera de la capital de España.

ALEGRO

Los dos muchachos que mejor cantaron las bolitas y que permanecieron más serenos en el transcurso de la operación han sido quienes sacaron la bolita que aplastó con la rebombante cantidad de 15 millones de pesetas. El sorteo mientras tanto sigue su curso. Vienen más premios, entre los que se halla el segundo. Mas ya todo transcurre sin interés ni emoción, pues aunque a la desilusión de la salida del «gordo», sin haber agraciado a ninguno de los presentes, siguen las conmovedoras palabras de «¿Qué se va a hacer?», «Otro año será», a pesar de esto, digo, un cierto malestar se ha apoderado de casi todos.

A las doce menos algunos segundos la bola final de los premios pone fin a este sorteo, no sin hacer antes una rectificación a causa de un pequeño incidente de índole verbal. Por ello nos disponemos a abandonar la presencia de la Fortuna, un poco disgustados con ella por no haber tenido la atención que efectivamente se merecía con este Madrid de los eternos sincronizadores. ¡Pobres madrileños! Ahora que, desgraciado en el juego, afortunado en amor, y así Madrid es y será siempre la ciudad alegre y bulliciosa que ofrecerá siempre el ejemplo de su constancia y en la cual se disfruta en los días rudos de diciembre de un sol invernal y de un cielo nítido y suave; sin embargo, hace algo de frío, sí, porque el calor de unas cuantas pesetas se ha esfumado ante nuestra misma presencia.

Madrid 22 de diciembre de 1942.—Pedro Rodrigo Martínez.

LAS MURALLAS DE AVILA se hicieron en nueve años

Trabajaron en ellas más de 1.200 obreros

Tiene 88 torres almenadas y mide su perímetro nueve mil setenta y cinco pies

La perspectiva de Avila es de una belleza extraordinaria. Frente a la meseta ondulada de Castilla, las murallas, severas, que semejan haber nacido del terreno, las torres de sus iglesias ponen una nota de poesía alegre y risueña.

A) pisar su suelo nos sentimos oprimidos, transportados a un pasado lejano que vivimos con realidad de presente. Su sabor místico nos acompaña y su silencio nos habla con lenguaje sublime.

Todo en ella es severo. Sus murallas, como obra de fortificación, no poseen similar en la época medieval española. Son una obra completa, maciza, de piedra granítica pintada de ese tinte oscuro producto de los siglos. Sus almenas vigilan con tenacidad de piedra el horizonte y el tiempo.

Es una obra tan perfecta hasta en los detalles que parece haber sido terminada cada hora que la miramos. Señorial en sus torres y monumento de grandeza en su conjunto.

EMPEZARON A CONSTRUIRSE EN 1090

Fueron las murallas empezadas a construir en mayo de 1090, y terminadas en 1099. En ese tiempo se levantaron soberbios muros formados por sillares, en los que trabajaron sarracenos, godos, romanos y hasta las membradas gentes de Aitibeo, como nos cuenta la leyenda. Su perímetro es irregular, aunque tiene forma de cuadrilátero. Sus lados no son ni iguales ni paralelos. El más largo de todos, y que seguramente se tomó como base es el lado oriental por el menor declive que presenta. Las líneas que parten de este lado al Norte y al Sur son un poco convergentes, dominando sus respectivos valles, uno pequeño, otro el amplísimo valle de Ambes, por donde van las carreteras que coronan la Sierra de Gredos.

TRABAJARON EN ELAS 200 MOROS CAUTIVOS

En su construcción trabajaron mil doscientos obreros, moros cautivos desfilados de e. o. el frente de los hornos de cal y de las canteras de piedra granítica. Dirigieron las obras el romano Casandro y el francés Florin de Pitreza, y numerosos maestros de gremio ya venidos de León y Vizcaya, pusieron su saber y su celo al servicio de la obra.

Así nacieron sus ochenta y ocho torres almenadas, que cada una es una fortaleza con forma sensiblemente oval, y los linzos que las unen, también terminados en almenas. Sus cimborios están distribuidos treinta en el lado Norte, doce en el Oeste, veinticinco en el Sur y veintinueve en el Este. Tienen un perímetro total de tres mil veinticinco varas o nueve mil, setenta y cinco pies.

Sus puertas guardan armonía con su severidad. Las del Norte y San Vicente son de una belleza inigualada, así como la del Rastro nos muestra su solidez. El conjunto de sus nueve puertas recuerda la dominación sarracena y la reconquista cristiana.

ES EL ÚNICO EJEMPLO DE CATEDRAL FORTALEZA

Pero lo que sobrepasa a cualquier otro ejemplo de fortaleza en el ámbito de la catedral. Sus dos filas de almenas le da carácter de inexpugnabilidad. Es el único ejemplo que tenemos de catedral fortaleza. Su cimborio es enorme, de piedra labrada.

Por falta de espacio no publicamos el Vocabulario técnico, que continuaremos dando a nuestros lectores en números sucesivos.

Cuando nos introducimos en la puerta que le taladra para entrar en la catedral, sentimos un recogimiento en su silencio de castró. Encima de la puerta se halla el escudo municipal y que representa, esculpido en piedra, un niño asomado a la muralla aclamado rey por los nobles de la ciudad que le rodean con el nombre de Alfonso VII, cuando Alfonso el Batallador fué en persona a reclamar la entrega del niño. Por esto se titula Avila del rey, de los caballeros, de los leales.

Dan las murallas a la perspectiva de Avila un matiz definido y característico. Sus torres parecen desafiar al tiempo.

Cuando por primera vez se visita Avila, deja en nosotros su recuerdo una huella indeleble. Y al abandonarla y dirigir una mirada desde el último recodo del ferrocarril, su imagen se nos queda grabada y nos viene a la memoria aquel dicho tan abundante: «Tierra de cantos y de santos».

PAJARES-PINDADO

Seguro de Enfermedad

Con la institución por ley de 14 de diciembre de 1942 del Seguro de Enfermedad en España se da un avance considerable en orden a la implantación en su día del llamado seguro integral, que abarcará, como su nombre indica, conjuntamente todos los riesgos que da la prestación del trabajo se derivan, englobando, pues, en el mismo el seguro de accidentes del trabajo, el de maternidad, el de vejez, invalidez, etc.

El padecimiento corporal para el que sólo cuenta con sus brazos o su inteligencia en la lucha por la vida no significa solamente la angustia física, sino casi siempre también, si no se ha tenido la previsión de ahorrar para los tiempos adversos, la angustia económica. El Estado nacionalista, decidida e inextinguiblemente, tenía que salir al paso de aquella lacra social. Un Estado en cuyo frontispicio figura la justicia social como símbolo y norma no podía permanecer inactivo en la cobertura de aquella necesidad social que de forma apremiante se dejaba sentir en las economías más modestas, y por consiguiente menos aptas para resistir los embates de la dificultad.

A remediar este estado tiene la ley recientemente restaurada. Extiende su campo de aplicación a los que trabajan por cuenta ajena y propia, a los trabajadores a domicilio e incluso a los servidores domésticos. Hay que tener en cuenta que hasta ahora sólo tenían la consideración de trabajadores propietarios dichos los que prestaban sus servicios por cuenta ajena, fuera de su domicilio y mediante una remuneración regular, extendiéndose la obligatoriedad de asegurar sólo a estos productores. La nueva ley se hace extensiva a los servidores domésticos, que si bien legalmente eran operarios por cuenta ajena, a tenor de la ley de Contrato de Trabajo de 1931, vigente en la actualidad, no obstante fué criterio continuo y con tanto de la legislación y jurisprudencia social no concederles este carácter. Otro punto curioso de la ley es el que hace referencia a la dimisión de productores económicamente débiles. ¿Qué límite de renta laboral habrá de señalarse para estar incluido en esta consideración? Creemos se seguirá el tradicional criterio jurídico de compararlo con lo que recibe un trabajador medio de la localidad, o el que indican puestas leyes rituales para poder peticionar como tal.

La prestación del seguro comprende la asistencia médica, farmacéutica, hospitalaria e indemnización por pérdidas de retribución en el trabajo, que será la del 50 por 100 del sueldo, con arreglo al cual se cotizaba en el seguro.

Finalmente se otorga al Instituto Nacional de Previsión el carácter de entidad pública encargada y a la Obra Sindical del Seguro de la vida la organización y prestación del servicio sanitario.—FERRAZ JUSTE.

(Página confeccionada por RODRIGO)

MENTANITO BERULEZ, POZO DE CIENCIA

Víctimas, por R. SANCHEZ GOMEZ

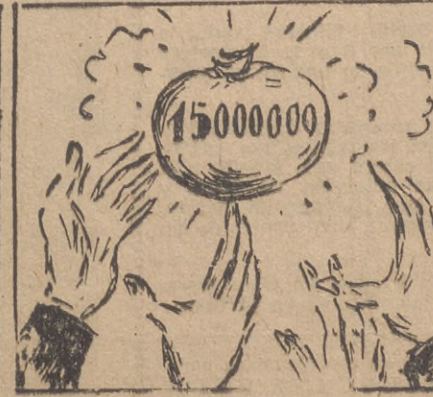
Texto, por A. VILCHES CRADO



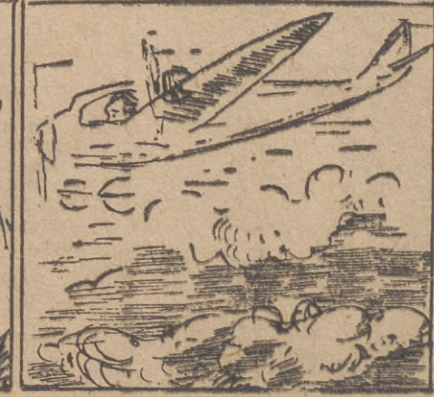
Con sus estudios profundos, Berulez se aisla del mundo.



Le saca de su abstracción el jefe de Redacción.



Encargándole del «gordo» un reportaje gracioso.

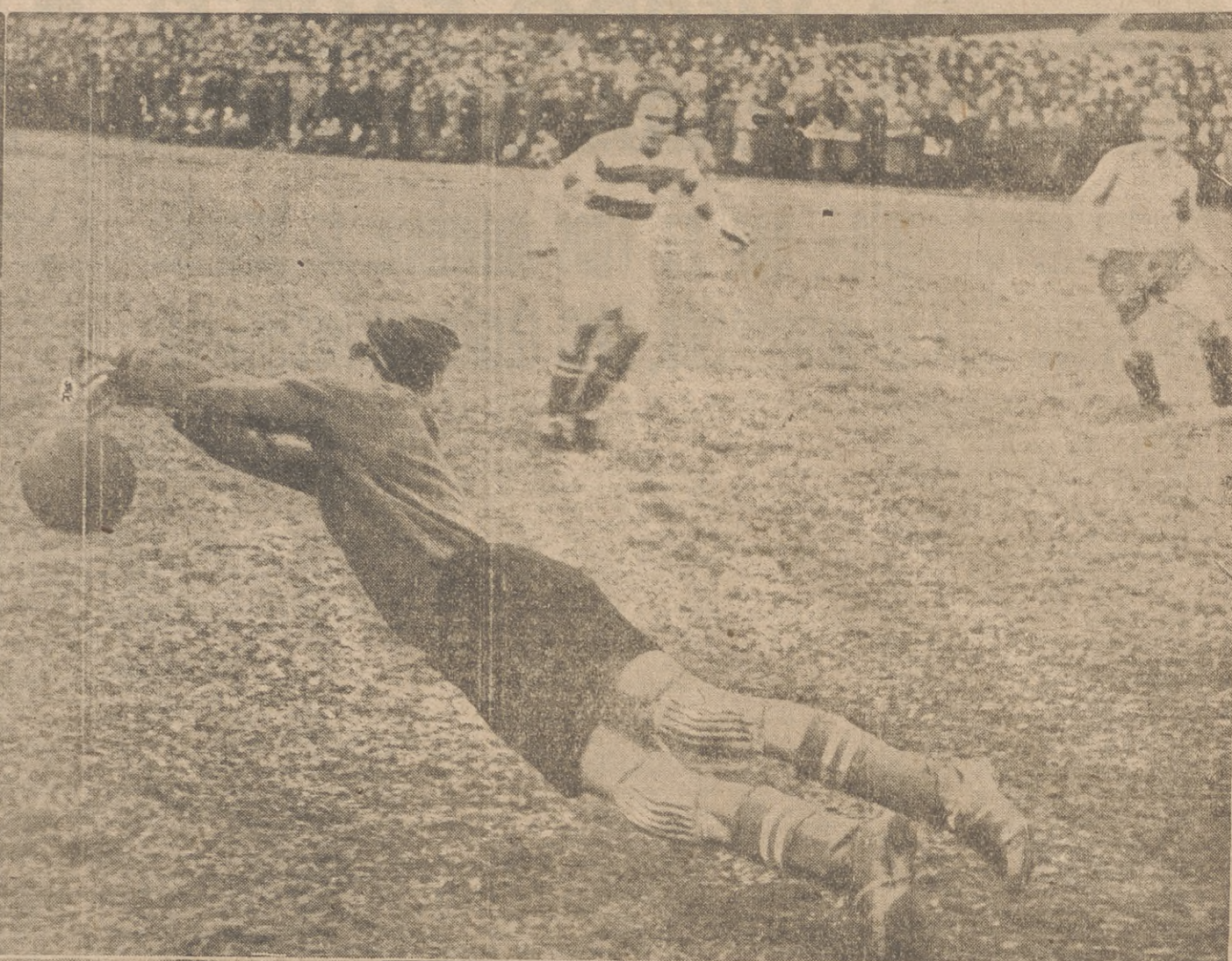
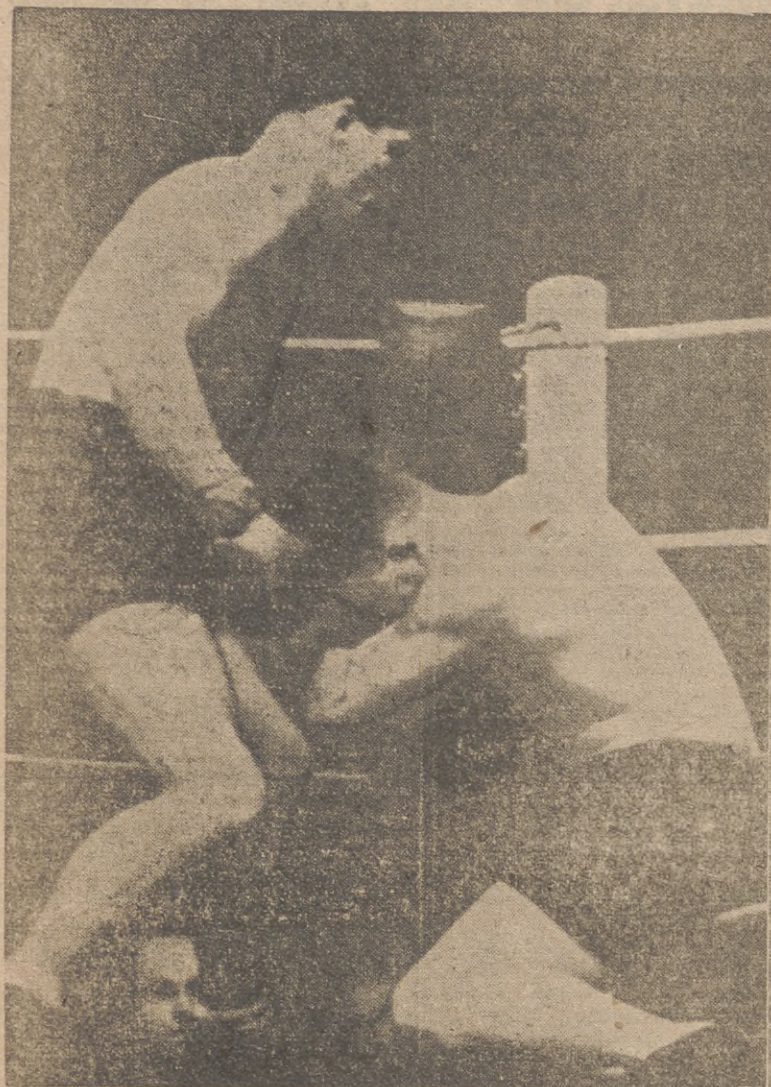


Menganito, con coraje, emprende un largo viaje.



Berulez, trasluzado, al «Gordito» ha entrevistado

ACTIVIDAD DEPORTIVA MUNDIAL



A pesar de las circunstancias de guerra, en Alemania se sigue manteniendo la actividad deportiva a gran ritmo.

En esta página ofrecemos a nuestros lectores varios momentos gráficos de esa actividad. De izquierda a derecha y de arriba a abajo:

I.—Campeonato de las Juventudes Hitlerianas en Breslau. Carrera de los 1.500 metros.

II.—Un momento de un partido de hockey femenino.

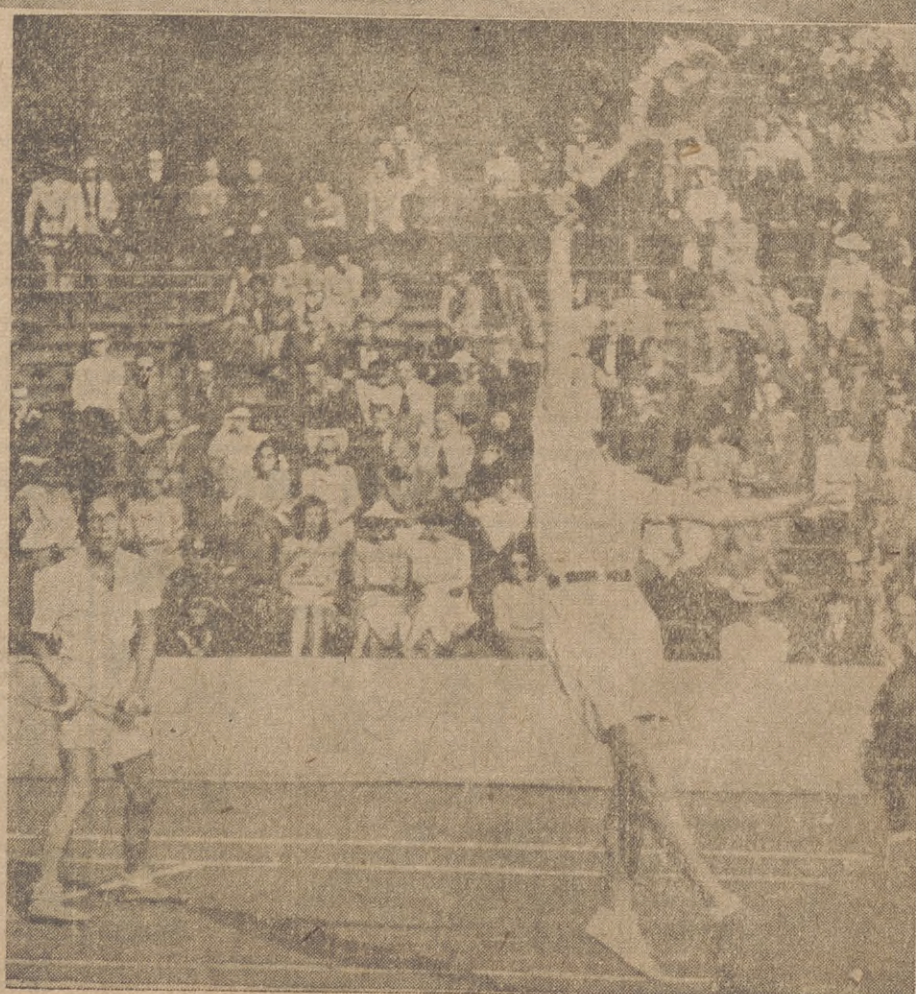
III.—Velada de boxeo Alemania-Holanda. El alemán Heinz Seidler vuelve a triunfar sobre el neerlandés Rinus de Boer, en Breslau, por gran margen de puntos. De Boer cae a tierra, alcanzado por un golpe del alemán.

IV.—En Berlín. Minerva vence a Tasmania por 3 a 1. El portero de Tasmania en una buena intervención.

V.—En el encuentro Zagreb-Berlín triunfaron los croatas por cuatro victorias contra una, gracias a la magnífica actuación de Mitic y Pallada, que aparecen en la fotografía durante el encuentro de dobles.

VI.—Balón a mano en pista cerrada. Un momento de un partido.

(Página confeccionada por DAROCA DE VAL)



POLO
(Piedra con la punta
por SANCHEZ GOMEZ)

FIGURAS DEL CINE NACIONAL Y EXTRANJERO



Cinco actitudes de Floren cia Bécquer, Ingrid Berg-
man, de la Metro, y Mary Cruz, de la pantalla na-
cional.

(Página confeccionada por
PAZOS y D'ANTIN)